

EL ESTADO MESTIZO

**OSAPLIM**

MÉXICO



JOSHUA LUND

# EL ESTADO MESTIZO

LITERATURA Y RAZA EN MÉXICO

TRADUCCIÓN DE MARIANELA SANTOVEÑA

**OSAPLAI**

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK



*Para Kit y Kris, mis papás*



## INTRODUCCIÓN

Toda nación produce una identidad a través de la cual se expresa su historia como formación política. En las sociedades que derivan de Europa, esas identidades nacionales surgen mediante y en diálogo con el discurso racial. México no es la excepción a la regla; antes bien, constituye un caso arquetípico. Sin embargo, la idea de la raza en su especificidad mexicana moderna no ha sido lo suficientemente estudiada.

Esto raya en la paradoja si consideramos que en México la raza está manifiestamente presente y es un elemento central en las propias historias que el país se cuenta sobre sí mismo. Mientras la Nueva España se convertía en México y el país emergía lentamente de entre los escombros de un régimen colonial de siglos, los intelectuales, estadistas y poetas se congregaron en torno a la figura del mestizo —entendido como un individuo con herencias raciales mixtas, del que por lo general se supone que tiene ascendencia europea e indígena— como protagonista simbólico de un nuevo proyecto de formación del Estado.<sup>1</sup> Después de todo, la aún joven república no podía buscar ya su identidad nacional moderna en la versión indígena de los poderosos Estados protoburocráticos; éstos habían sido destruidos por España y ahora habitaban la imaginación intelectual como una historia gloriosa, pero superada. Y, ciertamente, esa república no podía abreviar sin problemas de un enemigo despreciado ambivalentemente al que México había derrotado recién tres veces: primero, al obtener su independencia (1821); después, al vencer a las facciones retrógradas del conservadurismo católico (1861); y, finalmente, al repeler la invasión de una veta más progresista de dominación europea bajo la forma de un imperio francés liderado por un emisario austriaco (1867).

Benito Juárez, el héroe santificado cuya presidencia produciría una modernidad mexicana liberal, representó un salto enorme ha-

cia una nación cuya racialización articularía debidamente su propia cualidad histórica excepcional en la persona misma del presidente: un indígena «de pura raza» con una perspectiva secular, un rostro particularmente mexicano con un corte de cabello europeo un tanto adusto, ataviado cómodamente con levita negra, chaleco de vestir y corbata de moño. Una generación política más tarde, Porfirio Díaz concluiría la dialéctica al integrar políticamente lo que antes fuera un Estado fragmentado, justo como las porosas fronteras del contacto intercultural habían integrado ya a las razas de la nación. El presidente mestizo dirigiría una nación mestiza durante treinta años, un éxito inigualado que le permitiría al teórico social más agudo de su tiempo, el olvidado Andrés Molina Enríquez, colocar a México en la vanguardia de una hibridología latinoamericana más amplia, atribuyendo poderes casi mágicos de Díaz: un talento para equilibrar los antagonismos, para convertir una guerra entre razas en un discurso racial totalizante del Estado.<sup>2</sup>

Si el mestizo del siglo XIX fue el ciudadano idealizado que podía capturar la condición nacional inmediata de México, su reinención a principios del siglo XX, tras la estela de la Revolución, sublimaría esa misma identidad racializada en una forma mexicana de universalización. Así surgió un cierto fanatismo en torno al «mestizaje», que alcanzaría su máxima intensidad con la publicación de la megalómana tesis de José Vasconcelos sobre la «raza cósmica», tesis que colocó la identidad mestiza mexicana en primera fila al inicio de una pugna antirracial (o hiperracial) por venir. Si bien su libro fue publicado en 1925 en el exilio y no circuló en México hasta mucho más tarde, Vasconcelos ya había dejado una impronta al legar al país un cierto lenguaje sobre la raza. Su impacto puede verse tanto en el lema que proclama el espíritu racial de la universidad más importante de México (y posiblemente de América Latina) —«Por mi raza hablará el espíritu»— como en las extraordinarias pinturas murales que alegorizan el surgimiento del mestizo.

Si tomamos en cuenta esta historia nacional, resulta sorprendente notar que la reflexión sobre el tema sea notablemente estrecha. Desde que Vasconcelos llevara a su extremo la lógica del



mestizaje, el trabajo académico que ha reflexionado sobre este proyecto de construcción de la raza nacional mexicana —de por sí académico— se ha limitado a unos cuantos temas básicos, aunque cruciales. Dentro del trabajo intelectual moderno, podemos identificar fácilmente tres tendencias generales, muy relacionadas entre sí, cada una con su libro de cabecera y su correspondiente genealogía. Primero tenemos los estudios que reflexionan sobre la relación entre el surgimiento de la identidad mestiza y el papel de las comunidades indígenas en la construcción de esta narrativa histórica. Esta clase de trabajo suele reducirse a estudiar las relaciones entre mestizaje e indigenismo, que constituyen en realidad dos vetas del mismo proyecto. El trabajo académico en torno a la historia de esta relación produce, en consecuencia, toda una gama de análisis que se detienen en aspectos del alma indígena dentro de la identidad nacional mexicana. En segundo lugar está el proyecto más crítico y de denuncia que se pregunta por los límites de la supuesta inclusividad del modelo de la raza cósmica, especialmente en lo que toca (para usar el término de Étienne Balibar) a la forma nación. Este tipo de trabajo elabora variaciones sobre la idea de que el discurso estatista del mestizaje es una forma de vaciar la narrativa nacional de sus tradiciones vivas, semiautónomas e indígenas, reducidas de una vez por todas a una grandeza pasada y sublimada en el orden superior de algo más amplio, nacional. En tercer lugar, y hasta muy recientemente en los márgenes de estos dos proyectos más prominentes, se encuentran los esfuerzos por desvelar la historia generalmente encubierta de la presencia africana en la formación del México moderno.<sup>3</sup>

Es cierto que estos trabajos nos dicen mucho sobre la historia de la formación de la identidad racial y sobre las relaciones raciales en México. Sin embargo, su diversidad comparte una premisa común: la de tomar su categoría básica, la raza, como algo autoevidente. Es decir, todos, de alguna manera, reducen la raza a una reflexión afirmativa sobre la realidad que puede aprehender eficazmente, en términos etnológicos, a grupos humanos ya existentes. Lo que falta en este panorama, entonces, son trabajos que

consideren la raza —una categoría filosófica y política que incide sobre las relaciones sociales— como objeto de reflexión crítica. Este libro quiere echar luz sobre la historia de la especificidad material de la raza tal y como se desarrolla en la producción cultural del México moderno. Su objetivo es pensar la raza más allá de su función como tema o símbolo, más allá de sus operaciones como algo que ilumina de manera transparente el mundo social. En lugar de ello, busco abordar la raza como una problemática político-cultural. Me interesa ir más allá de la idea de la raza como algo que se añade sin problemas a la forma nación o a la acumulación capitalista o al proceso de territorialización que acompañan el ascenso de la modernidad. Más que dejar de lado la raza, como un actor marginal en estos fenómenos, flotando por ahí en algún lugar de la superestructura de las formas estéticas, quiero considerarla como algo integral en la producción misma de esa historia nacional. Aquí propongo que la raza es la categoría que se erige como pilar central para la conceptualización de las dinámicas sociohistóricas de donde surge el México moderno. Es a través de la raza que pensamos esa historia cultural.

Hace algunos años, cuando trabajaba en otro libro, me topé con una tesis provocadora. *Mexico: Biography of Power* (1997) es la entretenida historia de Enrique Krauze sobre el México moderno.<sup>4</sup> Su enfoque es adorablemente anticuado y gira en torno a la historia de los grandes hombres —a saber, los presidentes y algunos héroes de la Revolución— que conforman el panteón político del país. El libro dibuja una trayectoria que va desde la Revolución hasta la era del Tratado de Libre Comercio y, para llegar a su punto de arranque, Krauze avanza a marchas forzadas a lo largo de todo el siglo XIX. La transición final a la Revolución se centra en Porfirio Díaz, en un capítulo llamado nada más y nada menos que «El triunfo del mestizo». Allí Krauze se ve obligado a explicar la agitación y abierta rebelión rural que abundó durante el turbulento siglo XIX. La lucha agraria era, por supuesto, un signo de aquellos tiempos, ya que los modos de producción dentro del espacio nacional todavía esta-

ban un tanto segmentados y diferenciados, de manera que el proceso de nacionalización puede ser comprendido también como el de la penetración de la acumulación capitalista en las áreas de vida rural. Como es bien sabido, esta historia no está libre de violencia, escrita «en los anales de la humanidad con letras de sangre y fuego», como lo dijera Karl Marx o, para el caso, Gaspar Ilóm. Puesto que se trata de un capítulo de transición, Krauze avanza velozmente, no sin una alta dosis de perogrulladas. No sorprende que invoque el mestizaje como una metáfora del proceso de formación del Estado. Todo esto ya lo hemos visto antes y, aunque tiene un carácter ideológico, es ese tipo de cosas sobre las que, a estas alturas, no caben ya realmente comentarios.

Lo que me impactó del manejo que hace Krauze de la dialéctica fue su racialización literal —de alguna manera científica y a la vez extática— de ciertos espacios nacionales. La tesis de Krauze es que los espacios intranquilos, y en última instancia peligrosos, durante el siglo XIX mexicano —lo que Raymond Craib llama elocuentemente «paisajes fugitivos»— eran aquellos que habían pasado sólo superficialmente por el proceso de mestizaje. En pocas palabras: las regiones más rebeldes e intratables, las más resistentes a la nacionalización, eran las menos mezcladas racial y culturalmente. Y esto, por supuesto, lleva a la tesis inversa: los espacios más exitosos en términos nacionales, los más mexicanos del país llamado México, eran los más mezclados. Más allá de postular genéricamente una nación mestiza, Krauze propone aquí un mapa heterogéneo de espacios claramente racializados. De ese modo invierte el funcionamiento genérico del mestizaje nacionalista, haciéndolo más sugerente: más que imponer una «identidad mestiza» ideológicamente homogénea sobre una sociedad nacional materialmente diversa, Krauze propone una sociedad materialmente diversa cuyos fragmentos territorializados reconocían su mexicanidad en un grado mayor o menor. La vara para medir la «mexicanidad», en este caso dentro de México, es el mestizaje.

Como tesis histórica o sociológica, la idea de Krauze carece de toda base empírica: ¿cómo se identifica tal o cual grado de mesti-

zaje? Generaciones de antropólogos mexicanos pueden dar fe de los naufragios que esperan a quien intente medir los niveles de pureza cultural o mezcla racial. Y, sin embargo, la tesis de Krauze tiene una cualidad extrañamente seductora que pone de manifiesto los efectos de verdad de la formación discursiva en la que reside. Es así que puede sostenerse como algo cercano a la sabiduría convencional. No es difícil imaginar sus contornos: una historia de pequeñas guerras raciales en la que indígenas enfurecidos se levantan y atacan a sus opresores criollos, sólo para ser reprimidos por el ejército federal o la milicia local y eventualmente ceder a la marea inexorable de la nacionalización, es decir, del mestizaje. Más todavía: Krauze vincula la raza con el espacio, con zonas de mestizaje débil enmarcadas como espacios de excepción. Se trata, pues, de una mentira histórica habitada por una semilla de verdad.

La narrativa de Krauze aún permanecía en mi cabeza cuando me embarqué en mi propia marcha a través de la historia de la literatura nacional de México, que se me encomendó enseñar a estudiantes de licenciatura y posgrado en una universidad estadounidense con un importante programa de estudios latinoamericanos. Mi formación como crítico literario tuvo lugar en la víspera de una revolución en los estudios literarios que dejó de lado la estética y se orientó hacia lo que podríamos llamar, de manera amplia y usando un término que aprendí de John Mowitz, «sociocrítica». Esto fue especialmente importante en los estudios literarios latinoamericanos; una amplia generación de académicos como Roberto Schwarz, Hernán Vidal, Jean Franco, Gerald Martin, Mabel Moraña, John Beverley y Doris Sommer harían de los estudios literarios una vía para dar cuerpo a las paradojas de las formaciones ideológicas, la forma nacional, la normalización del género, la economía política y los derechos humanos en América Latina. Antes de ellos, investigadores como Gilberto Freyre, Antonio Candido y Ángel Rama ya habían teorizado la interpenetración de las fronteras entre producción literaria, prácticas culturales, investigación científica y capacidad política en la historia de las repúblicas latinoamericanas. En muchos sentidos, la tesis de Krauze es

sintomática de esta interdisciplinariedad *sui generis* que impulsa al latinoamericanismo contemporáneo: se trata, a la vez, de una conclusión histórica y de un postulado literario. En *Mexico: Biography of Power* Krauze estaba comprometido, en última instancia, con la escritura de México, con la confección de una narrativa capaz tanto de ofrecer una explicación plausible sobre la naturaleza de la identidad nacional como de articularse con una trayectoria más larga de afirmación de la raza en México. Si, en cierto nivel, Krauze estaba produciendo literatura, ¿cómo podemos leer la raza de forma más sistemática, más material, dentro y a través de la tradición literaria mexicana? ¿Cómo podemos interrogar la tesis de Krauze en su punto más fuerte?

Mis supuestos de trabajo se reducen a tres básicos. El primero: la raza es una teoría de la organización de la diferencia humana que, incluso con la mejor de las intenciones, esconde (o revela) dentro de sí una estructura de jerarquía. El segundo: la raza depende de una visión estética de la especie humana; está ligada a la belleza, la forma, la representación y la narrativa. El tercero: la raza produce identidad de grupo. Es decir, puede animar a la gente a reunirse y formar redes de solidaridad. Pero, puesto que en última instancia está gobernada por un impulso jerárquico, la raza siempre regresa a la segregación.<sup>5</sup>

Leída a la luz de estas premisas, la tradición literaria mexicana presenta ricas posibilidades analíticas. La raza, y su conversión al discurso, está en todas partes, desde *El Periquillo Sarniento* de Lizardi en adelante. Dicho de otra manera, la raza está en producción en una obra tras otra. Y, sin embargo, no existe una reflexión crítica sobre este hecho que vaya más allá del paradigma del mestizaje. Ya sea con o contra Vasconcelos, los académicos han pasado décadas abordando el problema de la raza como una cuestión de sangre, comunidad o espíritu, así como revisando las posibilidades y los límites de este proceso nacional de racialización. En vez de ello deberíamos haber pasado más tiempo observando, con o sin Krauze, el problema de la raza como una cuestión de espacio o, más específicamente, de tierra.

Sostengo que la raza se vuelve significativa en el mundo real sólo en tanto opera en la división histórica de los recursos materiales y en la vigilancia institucional sobre dicha división. Dado que el discurso literario es producto de y participa en la realidad de la vida política, un análisis de su producción de la raza debería prestar atención a esas determinaciones. Después de todo, esa historia de producción y naturalización de la desigualdad es, en última instancia, la apuesta política central del Estado moderno y de su acompañante, la forma nación. En este libro me concentro, entonces, en escritores que problematizan la raza en su forma más básica: como una categoría social que articula y hace posible una política moderna en torno a la relación entre el espacio y el ser humano. Esto quiere decir que leo a escritores cuya estética de la raza incide directamente sobre las políticas del espacio.

El paradigma del mestizaje y su crítica ubican correctamente las dimensiones estéticas de la raza. Sin embargo, hasta ahora ambos se han detenido ahí. Es decir, se han limitado a los símbolos de la identidad nacional y se han mantenido en el nivel de la estética sin poner los pies en el suelo. Este libro es un intento por releer la raza como el concepto alrededor del cual se expone, y se transforma en narrativa, la batalla política por los recursos de la tierra. La racialización no es sino la representación estética de esa batalla. Mi objetivo es traer dicha batalla de vuelta a la tierra.

La expresión que da título a este libro, «Estado mestizo», tiene tres dimensiones que resuenan simultáneamente —y cuando se le invoca a lo largo del trabajo, siempre expresa las tres—. En primer lugar, hace una referencia estructural a las instituciones de soberanía en México. La formación estatal hegemónica en el país ha sido conceptualizada como un Estado mestizo al menos desde la aparición de la obra maestra de Molina Enríquez en 1909. Porfirio Díaz, ya se vio, fue proclamado como el mestizo que podía equilibrar las difíciles contradicciones de México. Aun cuando se convirtió en el enemigo contra el cual se libraba la guerra revolucionaria, la expresión cultural del mestizaje que envolvía los proyectos

del Estado nunca menguó, y el largo gobierno del Partido Revolucionario Institucional (PRI) retomó muchos de los tropos retóricos del Porfiriato, convirtiéndolos en propios. En segundo lugar, «Estado mestizo» es también una forma simbólica de indicar un «estado de ser» que definiría a una subjetividad nacional y a una familia nacional, específicamente en los influyentes términos de Justo Sierra: una «familia mestiza» que surgiría y se erigiría sobre la ficciosa etnicidad de México, su raza nacional. Finalmente, y de manera más urgente, «Estado mestizo» tiene también resonancias materiales: alude a un proceso histórico-político de formación estatal y de penetración capitalista que se explica y se sostiene a sí mismo abrevando de un discurso de la raza. A la vez estructural, simbólico y material, el «Estado mestizo» es el nombre de las consecuencias históricas de la confluencia de raza y nación en el México moderno.

Si bien este proyecto constituye un intento por «leer la raza» sistemáticamente a través de un conjunto de obras literarias, su objetivo no debe confundirse con un interés por «leer en busca de racismo». El racismo tiene una historia, y cualquier libro que intente rastrear la raza transhistóricamente necesita enfrentarse cara a cara con su propio anacronismo. Por una parte, expresiones como «progresista para su tiempo» siempre tienen un dejo de excusa; por otra parte, posturas, declaraciones y actitudes que hoy nos parecen autoevidentes también tienen su propia historia y tuvieron su momento de radicalismo social, a tal punto que individuos arriesgaron y perdieron sus vidas por articularlos y defenderlos. Frente a lo delicado de este desafío, la única postura analítica razonable que se puede asumir en un campo tan subjetivo como la crítica literaria es mantener cierto nivel de simpatía con el objeto de estudio. Al igual que todos los Estados nacionales modernos, México es una sociedad racista. Sus productores culturales a menudo reflejan este hecho pero también, milagrosamente, lo trascienden. Se puede encontrar racismo por doquier; el punto es encontrar cómo funciona, sus bases conceptuales, las categorías que lo gobiernan, cómo cambia y qué no cambia. La lucha contra el ra-

cismo es una de las grandes luchas de nuestro tiempo; si leer la raza puede constituir una pequeña contribución a esa lucha, tanto mejor. Los temas de la justicia social aparecen a lo largo de todo el libro, pero descubrir el racismo como una práctica social y denunciarla no es mi asunto central aquí. Los funcionamientos de la raza son infinitamente misteriosos y surgen en lugares inesperados, a menudo con resultados sorprendentemente críticos. El propósito de este libro es rastrearlos, considerarlos, problematizarlos.

Este libro no tiene la ambición de llevar a cabo un estudio históricamente comprehensivo de la idea de raza y de sus relaciones con el discurso literario en el México moderno. Mi objetivo aquí es contribuir a ese proyecto crítico más amplio mediante el análisis de obras importantes de cuatro escritores, divididos en dos escenas históricas. El primer par —el editorialista Luis Alva y el erudito Ignacio Manuel Altamirano— pertenece a lo que podríamos llamar el Alto Porfiriato, los años intermedios del gobierno de Díaz, aproximadamente las décadas de 1880 y 1890. El segundo par está formado por dos titanes de la producción literaria de mediados del siglo XX: Rosario Castellanos y Elena Garro, quienes prosperaron durante un periodo de hegemonía asociada con la postura dominante del Partido Revolucionario Institucional. Las obras de estas escritoras que examino con más detalle son magistrales novelas publicadas a principios de la década de 1960. Ya antes de que comenzara a involucrarme más sistemáticamente con sus contextos, me interesaba la obra de estas cuatro figuras en tanto escritores, pero pienso que también existe una cierta lógica histórica que los vincula, y que de alguna manera me atrajo inconscientemente antes de empezar a establecer conexiones.

Los escenarios históricos de ambos pares de escritores son engañosos periodos de paz prolongada en un país marcado por largos tramos de intensa inquietud social. Digo engañosos porque, por supuesto, la «paz» es simplemente la sublimación de una condición sociopolítica que puede representarse adecuadamente como estabilidad: la paz puede ser entendida, en términos de Alva, meramente como una palabra para el quietismo o, en términos de Mi-



chel Foucault, como el nombre de una guerra que el Estado nunca deja de librar. En su fascinante estudio sobre el activismo agrario en la era del PRI, Tanalís Padilla resume muy bien lo anterior cuando escribe: «Aclamado por su estabilidad política y por el rápido crecimiento económico, el periodo entre 1940 y 1968 experimentó en realidad un aumento constante de inquietud social ... [que] demuestra hasta qué punto el terror de Estado aseguraba la “dictadura perfecta” de México».<sup>6</sup> Lo mismo podía decirse —y, de hecho, a menudo se dice— del Porfiriato. No obstante, la ilusión de la paz —o el «mito» de la paz, en el recuento de Padilla— es ideológicamente efectiva porque tiene un cierto sentido de realidad. El Porfiriato y la hegemonía del PRI son algo así como el antónimo del conflicto abierto que define la inestabilidad social durante los primeros dos tercios del siglo XIX, la Revolución y la guerra entre el Estado y los carteles de la droga que asola hoy a la sociedad mexicana. Los largos periodos intermedios representan épocas de construcción de instituciones y de proyectos intelectuales cuyas propias crisis sociales no estallaron propiamente en una guerra civil. Para los intelectuales son momentos de reflexión y, por lo tanto, tiene sentido que sean los dos periodos más ricos de la producción literaria en la historia del México moderno. Ambos producen Estado, y esto no sólo implica a los intelectuales del Estado (una categoría sorprendentemente importante en la historia cultural de México, desde Justo Sierra hasta Carlos Fuentes), sino también a los pensadores y creadores, frecuentemente más interesantes, que existen en los márgenes de esas formaciones institucionales.

Como ya he dicho, este libro aborda escritos de cuatro figuras.<sup>7</sup> El protagonista del primer capítulo es el ensayista Luis Alva, prácticamente desconocido en los estudios mexicanos contemporáneos. Una breve cita en la historia clásica de Charles Hale sobre el liberalismo mexicano me llevó a los extraordinarios ensayos de Alva sobre «la raza indígena», publicados en serie en 1882 en un periódico de la ciudad de México. En dichos ensayos Alva aborda el problema de la intersección entre la raza (reificada en los indíge-

nas mexicanos) y el espacio (tematizado como política de Estado para el desarrollo rural) y, al hacerlo, sondea los límites de la crítica liberal al racismo. En una cultura política dominada por una cierta vertiente conservadora del liberalismo, Alva dibuja los contornos del Estado mestizo, la especificidad de su racialización y las contradicciones que no puede resolver. El propio compromiso de Alva con la economía política liberal le proporciona los cimientos para una crítica algo devastadora del racismo estatal, crítica en la que subraya las formas en las que la política del Estado y las normas sociales son incapaces de respetar la promesa liberal de tolerancia cultural. Sin embargo, su osada postura crítica chocó con su propia aporía, ya que su defensa de una ciudadanía racialmente neutra contravenía a su propio liberalismo. Para articular a comunidades separadas y regular su relación con los recursos materiales, el Estado-nación liberal homogeneiza y mantiene un compromiso totalizador con una sola relación social: el capitalismo.

La normalización y universalización de la acumulación capitalista requiere una imposición, y ésta fue una tarea importante del México porfiriano. La obra de Ignacio Manuel Altamirano, específicamente su gran novela de bandidos *El Zarco* (finalizada en 1888 y publicada en 1901), constituye el tratamiento más complejo e iluminador de la época sobre este proceso histórico, sobre todo cuando se entrelaza con el discurso racial. El segundo capítulo de este libro examina la forma en que Altamirano, de manera muy inmediata y personal, lidia con la militarización del espacio durante la formación del Estado mestizo. A lo largo del Porfiriato la figura del mestizo se erigiría y se convertiría en el símbolo estable capaz de articular lo urbano con lo rural y al Estado con la nación. En última instancia, el mestizo llegaría a simbolizar la resolución del problema político central del momento: la negociación de la soberanía y la hegemonía, la formación de un Estado que no sólo podía representar sino de alguna manera reflejar a su nación. El examen crítico de este asunto se vuelve particularmente interesante si consideramos que su pensador más sofisticado, el propio Altamirano, fue racialmente señalado como «indio». Así, en su obra una histo-

ria personal (y simbólicamente colectiva) de la identidad se entrelaza con la historia política de la forma nación y con su vínculo, por una parte, con el territorio y, por la otra, con la soberanía.

Los capítulos 3 y 4 nos llevan al periodo posrevolucionario y abren nuevas facetas de las relaciones entre raza, espacio y violencia. Puede decirse que la carrera de Rosario Castellanos, tema principal del tercer capítulo, opera dentro de un nuevo conjunto de condiciones de producción literaria si se la considera paralelamente a las condiciones de la obra de Alva y Altamirano. México es ahora una nación madura, convincentemente estable y en desarrollo; y la institucionalización más profunda del trabajo intelectual, incluida la producción literaria, le brindó a Castellanos recursos y oportunidades de colaboración que no estaban disponibles en el México porfiriano. En tanto mujer escritora en una sociedad machista, pero también en tanto mujer que participaba activamente en la cultura política, como intelectual y como empleada del Estado, Castellanos ofrece una perspectiva oblicua de la política cultural dominante. Además, pasó gran parte de su infancia en el estado de Chiapas, lejos de la política y de la cultura nacional. Al igual que Altamirano, Castellanos cultivó la identidad de un actor marginal ubicado en el centro. En lo que respecta a las dimensiones políticas de su obra en torno a la raza, éstas invitan a una pregunta inmediata: ¿cómo es que la exploración literaria —pesimista por antonomasia— del racismo en la sociedad mexicana surgió del proyecto fundamentalmente optimista de la antropología de mediados de siglo patrocinada por el Estado? La escritura literaria de Castellanos y su propia biografía profesional corren paralelas al surgimiento de la antropología en México y a su papel en la construcción de la nación —desde las influyentes ideas de Manuel Gamio hasta los años mozos de la práctica antropológica realizada en el Instituto Nacional Indigenista, encargada durante la década de los cincuenta de promover las bases culturales del desarrollo económico a lo largo y ancho del país. En pocas palabras, la generación de Castellanos reflexionó sobre la perdurabilidad de la articulación entre raza y violencia en el México rural con la esperanza de

encontrar una vía para derrotarla. En la obra de esta generación se dibujó una nueva geografía de la raza, cuyo centro problemático era el «poblado mestizo» y que tenía como teoría básica un enfoque cada vez más holístico de las relaciones de raza. Castellanos, quien participó en la aplicación práctica de estos trabajos, recurrió sin embargo a su talento literario para demostrar la densidad histórica que pesaba contra ese empeño. México, concluyó, aún no se liberaba, y no lo haría en poco tiempo, de esa violencia que sitúa la idea de la raza en los espacios de salvaje desigualdad material. Políticas de Estado serían diseñadas y jóvenes optimistas serían enviados, con entusiasmo desbordado, a poner en acto su ejecución a lo largo del país. Y ahí las viejas fuerzas de la dominación colonial se levantarían y blandirían un discurso racial —con el refinamiento que dan décadas y décadas de práctica—, exponiendo así los horribles compromisos que alimentan al Estado mestizo. Todo esto es puesto en escena y sopesado en su épica novela de 1962, *Oficio de tinieblas*, que reconsidero en el tercer capítulo.

Mientras que Rosario Castellanos se involucró en un proyecto estatal de desarrollo en Chiapas, la protagonista del capítulo 4, Elena Garro, estaba afiliada a una forma mucho más idiosincrática de activismo. Interpelada por un grupo de campesinos disidentes, durante la década de los cincuenta Garro se convirtió en una suerte de agitadora accidental, coordinando protestas, intentando organizar reuniones con el presidente y poniendo nerviosos a sus colegas. Garro invirtió gran parte de su energía crítica en su novela emblemática, *Los recuerdos del porvenir*, publicada en 1963. De todas las grandes novelas de mediados del siglo XX en México, ninguna puede rivalizar con la obra de Garro en su sofisticada problematización de la relación raza-nación. Castellanos permanece un tanto distante, indiferente ante la lucha entre «ciudad y campo» que narra en su ficción; la escritura de Garro, por el contrario, es el tratamiento más visceral, autorreflexivo y devastadoramente crítico de los fracasos de su propia clase social. En el centro de esta crítica se encuentra la incapacidad de la burguesía mexicana —según Garro, el México mestizo— para llevar a cabo la promesa

de su propia retórica y encontrar una causa común con su otro nacional, el campesino indígena que sentía más intensamente la violencia de la desigualdad material. Garro nos enfrenta con la utopía de una Revolución que no puede darle lugar a la vez a Madero y a Zapata, a los derechos políticos y a los económicos, a un compromiso con la democracia y a un compromiso equivalente con la justicia. Para Garro, es de hecho la lógica internalizada de la raza la que frustra, una y otra vez, la realización de las promesas de la Revolución.

Si el racializado mapa de nación que ofrece Krauze es productivo, es por su coherencia como expresión ideológica: ese mapa traza los contornos de la geografía de un Estado mestizo que explica su desarticulación nacional mediante el lenguaje de la raza. Cada uno de los cuatro escritores cuya obra se estudia en este trabajo se involucra en, y se resiste a, este discurso de manera diferente. La cualidad común que une a los cuatro es la inmediatez con la que su prosa articula raza y espacio. A la vez que se resisten a la tesis de la raza cósmica que anima al paradigma racial del mestizaje en el México moderno, examinan al Estado mestizo en su núcleo ideológico y en su faceta más política. La raza satura la tierra y divide su generosidad material. Al captar este proceso y confrontar sin rodeos sus contradicciones históricas, Alva, Altamirano, Castellanos y Garro piensan la raza nuevamente, hablan de su violencia social y ofrecen, quizás, pistas sobre su posible fin material, no cósmico.

